



Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

A la espera...



aguantaban sus silenciosas agresiones, cortas y dulces, pero certeras, sobre el corazón, hasta que ellos perdían la cabeza y terminaban golpeándola o abandonándola.

Cuando los tres estuvieron listos para ordenar, notaron que a la mesa contigua había arribado una pareja de adolescentes, con la mitad de sus cabellos pintados en color violeta. Un mesero viejo, alto y delgado, se acercó rápidamente a los jóvenes para levantarles la orden. Vieron al mozo, como palo seco, caminar hacia la computadora e ingresar los platillos. Los camareros iban y venían, pero nadie se detenía en la mesa del inglés. "No nos presta atención, cariño", le dijo su mujer con un gesto en los ojos, y con su otra sonrisa: la que escondía, pero a la vez dejaba ver la frase: "en un lugar como este, que realmente vale la pena, eres insignificante, cariño". Así, como tantas otras veces, y de tantas otras maneras, ya se lo había expresado durante ese año de matrimonio.

"Joven, ¿podría tomar nuestra orden?", "Disculpe, no es mi mesa". "Joven, ¿podría llamar al jefe de meseros?", "Un momento". Mientras tanto, al lugar de los adolescentes, arribó una charola con ceviche peruano: carnes de pescado y mariscos marinada en aderezos cítricos. Igualmente, un plato con chorizo parrillero asado, condimentado con chimichurri. Y finalmente, dos tacos adobados al pastor, al centro.

En la mesa del inglés, la tensión crecía como espuma de jabón en licuadora. "Cariño, ¿nos vamos, o quieres esperar más para hablar con el jefe de meseros?". Transcurren otros diez minutos y el hombre convocado, no llegaba. Lo vasos de agua se habían consumido. De pronto, el encargado se acercó a la mesa. "¿Puedo hacer algo para volver su estancia más placentera?" El inglés

explica que ellos llegaron antes que los jóvenes en la mesa de al lado, quienes ya han terminado de comer y ahora piden la cuenta, mientras que, a él y su familia, ni siquiera les han tomado la orden. El inglés se levantó con una indignación que jamás había sido vista. "Puede hacer más placentera nuestra estancia indicándonos cómo llegar a un restaurante de mejor calidad que el suyo". El jefe de meseros se quedó callado y los dejó partir, sin decirles lo único que se le hubiera ocurrido pronunciar: "No conozco un mejor restaurante. Lo siento".

EL SOL SE QUEDÓ DORMIDO OLGA DE LEÓN G.

Aquel día de otoño hubo fiesta de mil colores y sonidos alegres en el pueblo. Nosotros, la familia completa (hermanos, sobrinos, padres, hijos) y muchos amigos y conocidos más que compartíamos ideología, estuvimos felices por el triunfo del recién encumbrado.

No tuvieron que cumplirse ni dos años desde su ascenso al poder, para que la alegría se tornara en desilusión.

- Ni modo, amiga, tendremos que reconocer que no todo lo que brilla es oro, y que tantos años de espera porque al fin nos tocara a los de este lado de la humanidad, un logro... quedó en loro que cada mañana enreda con su verborrea y mentiras, a los que se dejan o persiguen ser premiados con un hueso, algún día.

- Y, aun así, ¿no puedo creerlo!, los anteriores se volvían loquitos para el cuarto o quinto año... Este, antes del segundo...

- Pues sí, amiga, así mismo es, como diría alguno de los personajes de Rulfo, a quien admiro y sigo leyendo, como que cada día está más vigente, quizás más que antes.

- "Dices que conoces al gobierno; da la casualidad que nosotros también... de

la que no sabemos nada, es de la madre del gobierno... Dicen que es la patria..." (Luvina). Y los más pobres y la clase media, nomás pelaron sus dientes, unos con más que otros, pero todos ellos igual de molachos y fregados, en cuerpo y espíritu.

- Pues, como que a esta patria le salieron intereses y uñas largas, amiga; asintieron ambas y callaron (así concluyeron su diálogo).

Al día siguiente, la gente de aquel pueblo se levantó y se animó un poco para ir a sufragar el domingo.

Era un seis de junio, como hoy, y aunque en el corazón guardaban pocas esperanzas y menos ilusiones, amanecieron con el anhelo de elegir a alguien que fuera verdaderamente honesto, bien capacitado y proveído de cualidades suficientes para hacer lo mejor por toda la comunidad, en los diferente niveles y sectores, con sentido real de lo que es la equidad: dándole más a los más necesitados y a los que más se esforzaban por cumplir, haciendo muy bien su trabajo...

Ese será -pensaban- el que merece ser elegido para el cargo al que aspira. Los habitantes de aquel pueblo, en edad de sufragar, quisieron ser auténticamente cívicos y cumplir con su obligación y derecho, así que una noche antes, se fueron a dormir y, previo a ello, pusieron su reloj despertador con tiempo para tomar sus alimentos, ducharse y salir con anticipación, para no andar con prisas por falta de tiempo.

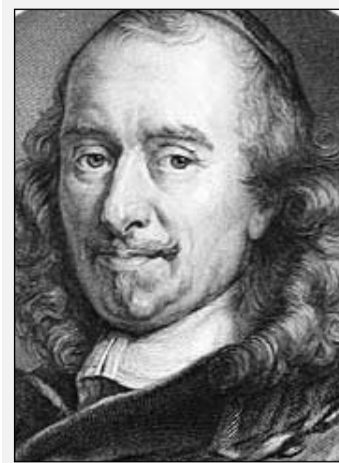
Mas, he aquí que ese domingo el sol no aparecía, los relojes se pararon a la una de la madrugada y la penumbra dominó el cielo. Ninguno de los que planeaban salir a votar por la mañana o a medio día, logró despertarse, no bien a bien. Abrían sus ojos, veían hacia las ventanas y a sus relojes despertadores y nada les indicaba que hubiese amanecido: ni el más tenue rayo de luz entraba a sus cuartos.

Otros, los de más férrea voluntad, intentaban incorporarse y ni siquiera lograban sentarse al borde de sus camas. Los teléfonos no sonaban y la luz no apareció nunca esa mañana: El sol se había quedado dormido, plácidamente dormido entre las más espesas y alejadas de las nubes. Ni siquiera había luz de luna, pues ya no era de noche, cuando algunos despertaron a las seis, o siete de la mañana.

Todo parecía que fuera un plan de alguna fuerza mayor o seres extraños que quisieran darles una lección a los humanos. Pero, cuál lección y, por qué. Ese año, el seis de junio pasó sin que en ese pueblo salieran a votar sus posibles votantes; así que solo quienes no habían dormido, fueron a votar, pero, se encontraron con que las urnas ya habían sido levantadas y los votos contados, en la penumbra del día, pues el sol jamás brilló ni apareció en el cielo, tampoco emergió de entre los cerros, simple y llanamente, ese día: no hubo sol, ni luz.

-Así es como se hacen las cosas importantes, amiga. ¿Cómo?

-En lo oscuro... y entre pocos...



Pierre Corneille

(Ruán, Francia, 1606 - París, 1684) Dramaturgo francés. Hijo de un abogado, en 1615 ingresó en el colegio de los jesuitas de Ruán, donde pronto llamaron la atención sus composiciones en versos latinos y algunos poemas dedicados a Catherine Hue. Se licenció en derecho en 1624, y hasta 1628, año en que su padre le consiguió dos cargos jurídicos, realizó prácticas como abogado en el Parlamento de Ruán.

Su primera comedia, Melita, inspirada por una frustrada pasión juvenil, la estrenó en París, en 1629, la compañía de Mondory y Le Noir. Gracias al éxito de la obra, la compañía se estableció en el teatro del Marais, en el que se estrenarían todas las creaciones de Corneille hasta 1647. Durante siete años, mientras empezaba a ejercer como abogado, sus comedias se sucedieron con rapidez (Clitandro Clitandro o la inocencia liberada, La galería del palacio); además, escribió su primera tragedia, Medea. En 1635, designado por el cardenal Richelieu como uno de los Cinco Autores, participó en la elaboración de La comedia de las Tullerías (1635).

El arrollador éxito de la tragedia comedia El Cid, sobre la figura del héroe castellano Rodrigo Díaz de Vivar, hizo que sólo dos meses después de su presentación en enero de 1637 circularan ya las primeras copias. La obra suscitó también una enconada polémica, conocida como «la querrela del Cid», en parte debida a la acusación de plagio (la obra está basada en Las mocedades del Cid, de Guillén de Castro), pero sobre todo porque rompía con las tres unidades teatrales clásicas (de tiempo, de lugar y de acción), verdadero dogma para el teatro de la época; su osadía le valió incluso la condena oficial de la Academia.

Entre 1640 y 1642, las tragedias Horacio y Cinna lo confirmaron como el mayor dramaturgo de su época; en ellas, el autor se mantuvo dentro de los límites de las unidades clásicas, tal como haría a partir de entonces, y demostró el absoluto dominio que tenía sobre ellas. En 1641 contrajo matrimonio con Marie de Lamprèrie. A la muerte de Richelieu, gozó de la protección del cardenal Mazarino y fue admitido en la Academia Francesa (1647).

En 1650, la maquinaria necesaria para la puesta en escena de Andrómeda, presentada como su obra maestra, justificó la construcción del Théâtre du Petit-Bourbon. Durante la Fronda, renunció al ejercicio de la abogacía para sustituir al procurador general de Normandía, quien fue restablecido en sus funciones en 1651 sin que Corneille pudiera recuperar sus cargos anteriores. Nicomedes, la tragedia que siguió entonces, lo enemistó con Mazarino por su apoyo implícito a Luis II de Borbón-Condé, su adversario político.

Corneille se retiró definitivamente en 1674. A partir de 1677 sus tragedias fueron recuperadas y llevadas de nuevo al escenario, y en 1682 se volvió a editar Teatro. Corneille es, por excelencia, el autor de la tragedia clásica francesa; creó héroes admirables tanto por su grandeza moral como por su afán de gloria, y representó pasiones extremadamente violentas gracias al vigor inigualable de su estilo oratorio.

ad pédem literae

La ceguera también es esto: vivir en un mundo donde se ha acabado la esperanza.

José Saramago

Letras de buen humor

El arte de la medicina consiste en entretener al paciente mientras la naturaleza cura la enfermedad.

Voltaire

David Huerta

Un anagrama de México

Lo primero será entender el significado de la palabra "anagrama". En nuestra ayuda viene el genial Guido Gómez de Silva.

En su Diccionario Internacional de Literatura y Gramática, este sabio explica que un anagrama es una "palabra o frase formada a partir de otra cambiando el orden de las letras"; inmediatamente prueba por qué su libro es no menos genial que él mismo: ofrece ejemplos de anagramas en español, alemán, francés, griego, inglés, italiano, latín, neerlandés, portugués y ruso (es un diccionario internacional...). Veamos.

Una famosa novela de Samuel Butler se titula enigmática y anagramáticamente con el vocablo Erewhon; el misterio se aclara cuando descubrimos que ese nombre es "nowhere", "ningún lugar". Culto mariano en francés: en esa lengua el verbo "amar" (aimer) tiene las mismas letras de Marie, nombre de la Virgen. A continuación, doy noticia de un anagrama de inmensa celebridad.

Cuando André Breton quiso atacar a Salvador Dalí por el amor excesivo al dinero en la conducta del pintor, antiguo militante surrealista, lo llamó, con un anagrama de aire latino, de esta manera:

Avida Dollars. Como puede verse, Breton echó mano de una sutil feminización del nombre (Avida) que apuntaba en filigrana a la prostitución del arte. El dardo anagramático dio en el blanco y se cita a menudo; no se ha olvidado; está presente en muchas conversaciones.

Los anagramas son juegos de lenguaje; divertimentos con las letras, con sus combinaciones. Como tantos juegos, pueden abrir puertas a significaciones extrañas. Es lo que me pasó hace unos días.

En la página 340 de la novela Ada, de Vladimir Nabókov, un personaje viaja a México o a... Oxmicce, lugar que tiene las mismas letras (janagrama!) del nombre de nuestro país. Hay muchos juegos geográficos en la novela nabokoviana, además.

Cuando lei esto, me quedé de una pieza; pensé: Oxmicce parece una arbitraria ensalada de letras, pero podría tener algún significado. Comienza igual que el nombre de una famosa universidad: Oxford, palabra cuyo sentido es, aproximadamente, "paso de bueyes", "vado de bueyes". ¿Qué puede significar Oxmicce? La palabra "mice" es el plural de "mouse": ratón, en inglés; ratones,



pues. Oxmicce podría ser una palabra compuesta que significaría más o menos esto: ratones-bueyes, es decir: roedores con las características (¿tamaño, tenacidad, capacidad de sacrificio?) de los nobles rumiantes llamados bueyes.

Se dirá que esto es una mera divagación sin muchos alcances; yo no podré negarlo. Y como esta columna tiende a la conversación, a la tertulia, haré una lig-

era confidencia: mientras otros se consagran a los grandes asuntos, yo puedo estar explorando las posibilidades anagramáticas del nombre de un enemigo para fastidiarlo con las letras de su propio nombre.

Aquí dejo constancia de eso, precisamente: de mis divagaciones. Que ningún patriota veterano o nacionalista de última hora diga que "denigro al país".